

Eduardo Ledesma Muñoz

"CADENA DE SOMBRA"

(Drama en dos Actos y cuatro Cuadros)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

R E P A R T O:

ALBA LUZ.

ESTEBAN, su padre.

LA MADRE.

TIA ANA, hermana de Esteban.

AUGUSTO, esposo de Ana.

FERNANDO.

ISAAC.

ESPERANZA

JOSEFINA, la criada.

PRACTICANTE

ENFERMERAS

PRIMER ACTO

(Cuadro Primero)

Cuarto de paredes fuertes recubiertas de un claro tapiz verdoso. A derecha e izquierda pequeñas puertas de vidrio: la de la izquierda conducirá a la terraza, que queda invisible en el primer cuadro; la de la derecha, al interior de la casa. En la pared del foro, una pequeña ventana de flotantes visillos será el sitio predilecto para mirar el jardín y las altas cúpulas doradas. A un lado y otro del escenario elegantes muebles convenientemente dispuestos: al fondo, en el ángulo derecho, estará situado un piano.

Al levantarse el telón, Alba Luz se halla ejecutando una rapsodia de Liszt. En un sillón, cómodamente arrebujada, tía Ana borda un pañuelo. Es la mañana de un día oscuro.

LA MADRE.—(Mirando por la ventana)—¡Qué cielo tan oscuro! Pronto tendremos agua hasta anegarnos el cuello.

TIA ANA.—(Sin levantar la vista del bordado).—Se acerca el invierno.

LA MADRE.—Ya es tiempo de sobra.—El verano se ha prolongado bastante.

TIA ANA.—Sin embargo el jardín sigue fresco.

ALBA LUZ.—(Interrumpiéndose un instante). Esperanza me dijo que bajaría por flores.

LA MADRE.—La vi hace un momento en la escalinata del hall.

TIA ANA.—Ella siempre está con los ojos donde deben estar. (Pausa).

ALBA LUZ.—Y mi padre?

LA MADRE.—Está con Augusto. Conversan en voz bajo como si temieran de alguien; pero, por lo que he podido escucharles, creen que habrá revolución y correrá mucha sangre.

ALBA LUZ.—(Inquieta). Sería terrible.

LA MADRE.—Así lo creo también.

TIA ANA.—Augusto decía que será disuelta la Asamblea.

LA MADRE.—No se sabe. Ellos piensan salir y eso me preocupa.

ALBA LUZ.—Trataremos de disuadirlos, ¿verdad, tía Ana? (Ella asiente). Es peligroso en días como estos.

LA MADRE.—Sería conveniente y deben intentarlo. Nunca se está segura de lo que puede pasar.

TIA ANA.—Es claro ¡Cuántas cosas han ocurrido!

LA MADRE.—(Señalando la ventana). Ojalá llueva torrencialmente. Sólo así se quedarían esos necios. (Mutis, disgustada).

ALBA LUZ.—(Antes de que la madre haya desaparecido). Descuida, mamá; les hablaremos nosotras.

TIA ANA.—(Después de un prolongado silencio se dirige a la muchacha que ha reiniciado la ejecución en el piano). Alba Luz: me gustaría que dejes ese piano. ¡Pareces incansable!

ALBA LUZ.—(Con resignación). Si te molesta, tía Ana...

TIA ANA.—No, eso no: al contrario. ¡Tú sabes cuánto me gusta! Pero ya llevas horas así y creo que estarás cansada. ¿No es así?

ALBA LUZ.—(Cierra con lentitud el piano y váse junto a ella). Un poco cansada, es verdad. Y, además, no quiero contrariarte.

TIA ANA.—Qué buena eres, Alba Luz. Bien sabes que tu felicidad hace la mía, y siempre me gustará lo que tú hagas. (Pausa). ¡Vamos! Cuéntame ahora de la visita a los Mendoza. Tu madre ya me habló algo de ellos con bastante entusiasmo. Parece muy bien impresionada.

ALBA LUZ.—(Recordando). Ah, sí... Los Mendoza. ¡Hay tanto que hablar de ellos! Además, tú sabes la confianza que te he tenido siempre. (Dejando vagar la mirada). Sí; hay algo que quiero decirte. Un secreto, que desde hace días lo llevo en mi cerebro como una espina de fuego...

TIA ANA.—(Inquieta, interrumpiéndole). Vamos, vamos; cuéntamelo todo, querida. Espero que no será nada grave; nada que pueda sembrar en la sangre una flor de veneno.

ALBA LUZ.—(Sonriendo). No, por cierto; no es nada. Te decía a propósito de la familia Mendoza. Cuando nos invitaron a su casa, es claro, todos se portaron tan gentiles y buenos. Isaac nos habló largo y tendido de Inglaterra, Francia y algún otro país que había visitado. Era de veras hermoso; algo así como un cuento de hadas; como un milagro que se cumple al otro lado del mar.

TIA ANA.—Bueno, bueno; veo que las cosas van por otro camino. (Sonriendo). Ahora comienzo a comprender, a ver más claro.

ALBA LUZ.—Pues bien: eso no es todo. Después Isaac me ha cortejado; me ha dicho tantas cosas al oído, que sus palabras me estaban envolviendo cual una dulce malla invisible. Pero yo he sabido reaccionar a tiempo y destruir todo eso.

TIA ANA.—Y aquí, en casa, ¿han sospechado algo?

ALBA LUZ.—Aquí, nó; porque yo no he querido. Y es que hay una razón, una sola, pero bastante poderosa. Yo la recordaba especialmente cuando Isaac se aventuró a hablarme de nuestro casamiento.

TIA ANA.—Y esa razón, ¿será talvez Fernando?

ALBA LUZ.—Sí Fernando. Yo no podía jugar con él después de haberle entregado toda mi vida, sin reservas, ¿comprendes? Y no me avergüenzo de decirlo, porque el amor que siento es tan fuerte, tan hondo, que sólo al evocar su nombre doble muro de sangre me oprime el corazón y me adelgaza el aliento.

TIA ANA.—Siendo así, acaso es poco noble que no le hayas dicho la verdad.

ALBA LUZ.—Ya él conoce de sobra la verdad. Sinembargo insiste a cada paso y yo no puedo despreciarlo.

TIA ANA.—Yo no sé qué decirte, Alba Luz. Creo que es mejor seguir el impulso de nuestros propios sentimientos. Fernando quiere casarse contigo el próximo año, después de recibirse de abogado. Es un muchacho de talento y nobles sentimientos. Si algo me ha disgustado en él es únicamente su pasión extremada por la vida política.

ALBA LUZ.—Perdona, tía Ana, pero eso no es censurable. La pasión es lo único que está moviendo al mundo, y el alma se redime sólo por la pasión...

TIA ANA.—Talvez tengas razón, aunque lo dudo. Yo temo por tí, querida. Tu suerte ya está ligada a la suya y la felicidad de ambos haría también la de mi corazón cansado, donde ya comienza a florecer el musgo...

ALBA LUZ.—Vamos... ¡No quiero que te expreses así! Es duro para mí, ¿comprendes? Quiero verte alegre, puesto que eres todavía joven, y hermosa.

TIA ANA.—No; eso no; lo que pasa es que me quieres y eres muy buena. Tienes tantas cosas lindas: los ojos, la boca pequeña (tomándole un gajo de cabellos) y este pelo fragante, que es como un río silencioso sobre la quietud del hombro.

ALBA LUZ.—¡Oh, tía Ana, qué dulce eres!

TIA ANA.—Sí, para todo lo tuyo, querida. (Como recordando). A veces yo he soñado... (Sonriendo) ¡No sé si deba decirlo!

ALBA LUZ.—Sí, dílo, dílo...

TIA ANA.—He soñado que algún día, cuando tengas niños hermosos como tú, yo los acunaría tibiamente en mis brazos y los haría dormir. Tendría la impresión de que algo nuevo nacería en mis brazos y cantaría en mi sangre. (Suspirando) ¡Augusto nunca me dió un hijo! (Pausa breve.—Después de un instante Esperan

za entra bulliciosamente por la puerta de la izquierda, trayendo en las manos ramilletes de flores. Lleva un pequeño delantal a colores y en cada trenza una rosa).

ESPERANZA.—Perdonen ustedes; pero he querido remozar las viejas flores por otras más vistosas y lozanas. Miren, qué bellas son, ¿verdad?

ALBA LUZ.—Claro que sí, hermana; muy bellas.

ESPERANZA.— (Clasificándolas) Son claveles, alhelíes, azucenas frescas y geranios. (Las arregla en los pequeños pebeteros). Bajé al jardín por la escalinata de piedra y he encontrado muchas cosas nuevas: los setos vivos más fuertes, más frondosos las yedras y más denso el perfume de las altas magnolias. Pese a la oscuridad de la tarde, los lirios deslumbran con sus dedos de nieve. Es hermoso mirar las cestas de rosas florecidas, que a veces sangran a la luz del crepúsculo. (De pronto, notando que ambas permanecen calladas). ¿Es que ustedes están serias? Sentiría de veras haber interrumpido.

TIA ANA.—No, Esperanza, ¿cómo puedes creer? Pareces tan dichosa que hemos sido felices con sólo oírte un instante. ¿Verdad, Alba Luz?

ALBA LUZ.—Así es, tía Ana. (Dirigiéndose a Esperanza que permanece de pie). ¡Cuánto te obsesionan las flores y cuánto gusto tienes para adornar con ellas la sala! Siempre tendremos algo de qué agradecerte, Esperanza.

ESPERANZA.—Oh, no es nada. Hay quienes creen que nunca sabremos bastante lo que significan cada hora, cada minuto en nuestra vida. Hoy mismo —si me lo permiten ustedes— voy a regar unas plantas antes de que cierre la noche.

TIA ANA.—Está bien y cuídate del sereno, querida.

(Mutis de Esperanza, después de saludar, por la puerta de la izquierda. Casi enseguida entran por la derecha Esteban acompañado de Augusto. Parece que vienen empeñando alguna discusión importante que la interrumpen de pronto al entrar a la sala. Al verlos, Alba Luz se adelanta a recibirlos).

ALBA LUZ.—¿Es que han pensado salir?

TIA ANA.—(Que se ha incorporado en su butaca, también se muestra preocupada, y, al hablar, se dirige alternativamente a Esteban y a Augusto. Mira hacia la ventana del foro). Aquel cielo oscuro presagia tempestad. Sería mejor postergar esta salida para mejor tiempo.

ESTEBAN.—(Tomando por los brazos a su hija). No te inquietes, pequeña; regresaremos por el mejor camino; quizá más pronto de lo que tú imaginas.

AUGUSTO.—(Aproximándose a su esposa). Es claro, mujer; estaremos de vuelta cuando menos lo esperen. Quiero que me prometas no preocuparte, en absoluto, ¿lo oyes? Además no hay por qué temer.

ALBA LUZ.—Sinembrago, sería mejor que desistan de este empeño. No sé por qué presiento algo triste, inesperado. (Dirigiéndose a su padre). Como que en tu frente se dibuja un oscuro designio.

ESTEBAN.—(Enérgico). Vamos, vamos, hija mía: hay que desechar los temores cuando ellos son infundados y sólo vienen a crearnos visiones. Es mejor vivir con el espíritu limpio, alejado de irreales fantasmas que muerden el alma y la hacen sangrar. De lo contrario, viviríamos eternamente torturados. Y eso no es vivir. (Pausa). Por lo demás, estamos enterados de que la Constituyente nos dará un nuevo Gobierno. Y esto es algo fundamental para el destino del pueblo.

AUGUSTO.—No queremos déspotas ni tiranos. Porque cuando la conciencia se ve aherrojada termina por libertarse de todas las cadenas.

ESTEBAN.—Sí, exactamente. Pero la libertad no podrán arrebatarnos. Es inútil. Tendrían que arrancarnos todas las venas y cortarnos de raíz el aliento.

AUGUSTO.—Nosotros sólo queremos vivir.

ESTEBAN.—Todos los pueblos quieren vivir.

TIA ANA.—Pero hoy se dicen tantas cosas...

AUGUSTO.—Es claro; hay alguna nube que proyecta su sombra.

ALBA LUZ.—¡Una nube!

ESTEBAN.—No será nada, hija mía; ya verás que pronto estaremos de vuelta con muchas cosas nuevas. (Dirigiéndose a Augusto). Y vamos, que el tiempo se nos viene estrecho.

ALBA LUZ.—(Suplicante). No debieran irse. Les ruego por ahora.

ESTEBAN.—(Con aplomo). Te repito que nada pasará. Hasta pronto. (Salen decididamente por la puerta de la izquierda. Alba Luz, con los brazos extendidos se queda en silencio).

TELON

(Cuadro Segundo)

Terraza situada a continuación de la sala que sirve de escenario al cuadro primero. Escalinatas a la izquierda y al fondo; la de la izquierda conduce a la calle; la del fondo, al jardín, que está ubicado detrás; no obstante se divisan algunos árboles que sobresalen al nivel de la terraza. Alba Luz sube pesadamente

del jardín con una flor entre sus dedos. Es la mañana del día siguiente, día oscuro, en que se desplazan por el cielo pesadas nubes de lluvia.

JOSEFINA.—(Con un cesto en la mano, dispuesta a salir). Buenos días; veo que la señorita se ha levantado temprano.

ALBA LUZ.—(Sorprendida) ¡Ah, eres tú! Si, muy temprano; pero la verdad es que no he podido conciliar el sueño. No sé lo que me pasa. Díme, ¿mi padre se levantó ya?

JOSEFINA.—No, señorita; duerme aún, como el señor Augusto.

ALBA LUZ.—¿Sabes a qué hora llegaron anoche?

JOSEFINA.—Sin duda pasadas las doce. No sé exactamente. A propósito, ¿podría explicarme usted lo que sucede? A todos los noto bastante preocupados. Es algo extraño, ¿verdad?

ALBA LUZ.—Si Josefina; creo que cuestiones políticas; rumores y alarmas que andan de nuevo corriendo en la calle. Mi padre y Augusto salieron anoche...

JOSEFINA.—Comprendo, señorita.

ALBA LUZ.—¿Sales de compras?

JOSEFINA.—Si; algunas cosas que olvidé ayer. ¡Si usted hubiera visto! Todos trataban de aprovisionarse mejor, de adquirir para sí redoblando los precios. (Acercándose). Hablaban en voz baja, temblando de miedo. "¡Revolución!" Esta era la palabra que iba y venía.

ALBA LUZ.—(Temblando a pesar suyo). Y ¿oíste algo más?

JOSEFINA.—No. Eso fue todo, señorita.

ALBA LUZ.—Bien; está bien. Por ahora, puedes marcharte. Y no olvides de traer todos los diarios.

JOSEFINA.—Descuide usted, señorita. Hasta pronto.

(Mutis de la criada por la escalera de la izquierda. Ya a solas, Alba Luz recorre nerviosamente la terraza mirando a un lado y otro de la escena. Después toma asiento en un pequeño banquillo situado a la derecha, junto a la puerta que conduce al interior, y abre al azar un libro que ha dejado poco antes. Inútilmente trata de leer, viéndose obligada a dejarlo de nuevo. Va a incorporarse del asiento cuando se detiene perpleja, advirtiendo la presencia de Isaac en la grada. Isaac es un mozo joven, que viste elegante. Sus modales, finos y cultos, su rostro de rasgos delicados y precisos y su voz suave y armoniosa, hacen de él un muchacho bastante sugestivo).

ISAAC.—Alba Luz, te ruego perdonarme la libertad que me he tomado. (Señalando la calle). La puerta estaba abierta y no encontré a nadie. (Estrechándole la mano con fruición). ¿Cómo amaneces?

ALBA LUZ.—(Tratando de disimular su sorpresa). No importa, Isaac... No tengo nada qué perdonarte. Las ceremonias siempre están demás cuando existe confianza. Aquí todos te estiman. Tú lo sabes.

ISAAC.—Sí, Alba Luz; gracias. Pero aún no me has respondido cómo te sientes. Te veo algo pálida, nerviosa...

ALBA LUZ.—(Forzando una sonrisa). Ah, sí; pues... ayer... Tú habrás oído mejor. Se decían tantas cosas. Y mi padre y Augusto salieron a la calle. Ignoro la hora en que habrán regresado. No sé nada y esto me tiene preocupada. (Señalando el banquillo) ¿Deseas sentarte?

ISAAC.—(Accediendo) Gracias. (Toman asiento). Pues no te falta razón. Algo he podido oír. Es cierto. Parece que las cosas no marchan muy bien. Además tú sabes; yo me preocupo poco de esos juegos políticos; de todas las ruindades que se ven cada día. Vivo para mí, en paz conmigo mismo, y eso es todo.

ALBA LUZ.—Pero, según entiendo, esa hermosa fórmula encierra también un gran egoísmo. Vivir para sí...

ISAAC.—Es probable que tengas razón, y estoy seguro de ello. Sin embargo es lo usual, y es el principio más generalizado. El hombre es un animal esencialmente egoísta, y nadie puede salir de lo estrictamente humano. Y el egoísmo, según nos han enseñado desde las bancas de la escuela, es lo único que ha impulsado la civilización y ha conquistado el mundo.

ALBA LUZ.—Sí, eso dicen: pero yo creo que es mejor vivir para los demás; sentirse un poco de sangre y vida de ese torrente humano que se desliza en el tiempo y corre a la muerte. Lo demás es estéril, Isaac. Como las dunas áridas de los anchos desiertos.

ISAAC.—Los sentimientos son también humanos, es claro. Y se puede vivir en múltiples formas. Lo que yo digo no es absoluto, naturalmente.

ALBA LUZ.—Me alegro de veras. Créeme.

ISAAC.—Además eso es muy bello. Lo que te dije antes se refería a algo más real y concreto: la vida humana, tal como ella se presenta. Pero, es claro, el egoísmo no nos impide ser artistas o poetas alguna vez en la vida. Nuestra imaginación es poderosa, Alba Luz, si a ella se unen los sentimientos más puros, más elevados, que nos hacen dar a los demás lo mejor que tenemos.

ALBA LUZ.—Y creo que allí somos perfectos, espiritualmente.

ISAAC.—Sí, es probable; a veces elevamos nuestros ideales hasta convertirlos en símbolos; los adoramos luego como cosas sagradas; mañana mismo estamos pisoteando eso que amamos. El mun-



VENDEDORA DE FLORES

Oswaldo Guayasamin.

do es la imagen de la lucha que libramos. Odio y amor; pasión y venganza: esa es la realidad de nuestras pobres almas.

ALBA LUZ.—Es una visión sombría, por cierto. Tú ¿no crees que existe una moral?

ISAAC.—(Con la misma emoción). Sí, claro; la moral ha hecho bastante por nosotros, o nosotros hemos hecho bastante por ella. Pero la moral es como el agua tranquila de un pantano: tan pronto la remueves, el limo podrido se precipita enseguida.

ALBA LUZ.—Después de todo, prefiero soñar que la vida es mejor.

ISAAC.—Sí, indudablemente. Aunque no siempre es posible. Muchas veces la realidad es más fuerte que todos nuestros sueños, y termina por despedazarnos cualquier ideal.

ALBA LUZ.—Es algo extraño; pero nosotros odiamos la realidad y, sin embargo, vivimos en ella, mirándola cara a cara y enfrentándola a cada paso. Es una dura ley que tenemos delante, como realidad perenne.

ISAAC.—Es exacto. (Pausa). ¿Estabas sola?

ALBA LUZ.—No; hablaba con la muchacha. Tú llegabas cuando ella salía. Creí que la hubieras encontrado de paso. Por lo demás, casi nunca estoy sola. Yo no sé por qué... Lo cierto es que la soledad me tortura, me llena de abismos insondables la sangre.

ISAAC.—Es extraño. En cambio yo he sentido tan de cerca la soledad que me he consubstanciado en cierta forma con ella.

ALBA LUZ.—(Galante). Y aún por aquello de que la soledad es afín con los grandes espíritus. Mi caso es distinto.

ISAAC.—(Algo ofendido). Mira, Alba Luz, no sé qué decirte, ni cuáles sean en verdad los grandes espíritus. De todo esto debemos concluir que es algo temperamental, romántico o ridículo si tú quieres. No tiene importancia y da lo mismo. (Transición). Sólo hay una cosa, una realidad tangible que me obsesiona ciegamente.

ALBA LUZ.—(Confundida). No comprendo, Isaac.

ISAAC.—(Dejándose arrebatarse, con cierto lirismo). Tú no lo sabes, es claro. El amor tiene un extraño lenguaje de símbolos, de formas que se escurren y nos dejan vacíos. Pero en nuestro interior algo se incendia; el fuego nos consume el corazón y el cerebro, nos quema las pupilas con un peso de agujas. Eso es lo que me ocurre. ¿Comprendes?

ALBA LUZ.—Sí, creo que ahora...

ISAAC.—Me alegro, Alba Luz; me alegro de veras. Sólo el pensarlo me estremece de asombro, de temor, de alegría. No sé hasta donde he llegado siguiendo esta estrella que a veces se oculta en la tempestad de mi sangre. Soy un loco completo y no sé nada.

(Con desesperación) ¡He olvidado hasta mi nombre! Pero no he podido olvidar lo más duro: ¡Fernando! Yo sé que lo amas, aunque tú ignores lo que esto significa... ¡Amar! Una palabra que puede hundir una vida y levantar un océano. Fernando ha sido mi más duro castigo, mi más cruel obsesión. Porque lo he visto a toda hora, en todo momento; lo he visto con las manos sepultadas entre lirios y los ojos buscándome como un salto de espadas. (Soñando). Sinembargo yo sigo creyendo en tí, precisamente hoy, cuando tú te levantas como una pequeña oración de rocío.

ALBA LUZ.—(Tierna, con algo de piedad). ¡Cómo te has puesto, Isaac, querido amigo!

ISAAC.—Sí, ridículo y digno de lástima, ¿verdad?

ALBA LUZ.—(Seria) No había dicho eso.

ISAAC.—(Sin oír nada). Pero no importa; los hombres regamos con sangre la primera esperanza... Pero ahora deseo que me digas, sin lucha, de una vez para siempre, si me amas o me odias, o si sólo te inspiro un sentimiento de lástima. Ya no quiero seguir engañándome, batallando a solas con mi propia duda, estrangulado por mi sombra.

ALBA LUZ.—(Con visible angustia). Mira, Isaac; yo nunca hubiera querido esta hora terrible. Tu corazón está lleno de rosas y de lumbre, y comprendo lo que está sedimentado al fondo de tu espíritu. Sinembargo, las palabras me crecen adentro y no hay fuerza que pueda contenerlas. Es cruel tener que insistir, comprendo. Pero me pides la verdad. (En voz alta y temblorosa). Sí, es cierto; tú no sabes lo que hay. ¡Amo a Fernando! (Con voz cada vez más insegura) Y no me preguntes nada... nada más... por favor. (Poniéndose de pie trata de huir, desesperada; Isaac, tomándola de un brazo, la obliga a detenerse).

ISAAC.—Espera un momento, te ruego. No es mucho lo que tengo que decirte. (Ambos están de pie. Isaac habla con gran desenvoltura y lleno de serenidad). Después de todo, acaso tengas razón, y es mejor que sea así, como tú lo desees. Es algo extraño, pero no me inquieta lo que acabas de decir, porque ya lo esperaba; ¿sabes? Y eso es todo... Ya ves... Ahora sí, ¡adiós!—(Se marcha resueltamente por la misma escalinata. Ella trata de llamarlo, pero algo misterioso le anuda la voz. Permanece estática en el mismo sitio como si un poder oculto la hubiese petrificado. Finalmente, acierta a dar unos pasos, vacilante, y se detiene al borde de la escalinata del foro, donde la sorprende Augusto, poco después, saliendo por la puerta lateral derecha. Los pasos que resuenan en las lisas baldosas, sacan a Alba Luz de su honda abstracción. Tan pronto lo ve, llena de sorpresa y con algo de goce,

se precipita hacia él que la recibe en sus brazos. Desde el primer instante un gran presentimiento obscurece su frente, y en sus ojos, que han languidecido de pronto, se cierne densamente una tristeza remota. En su psicología iránse sucediendo estados repentinos y frecuentes, que a veces la llevarán hasta la más profunda exaltación).

ALBA LUZ.—(Revelando gran inquietud). ¡Augusto!! (Se abrazan).

AUGUSTO.—(Tratando de evitar la mirada) Alba Luz, querida...

ALBA LUZ.—(Mirándolo de frente con gran ansiedad). ¡No sabes cuánto los he echado de menos! Han sido terribles estas horas pasadas, así, sintiendo a cada paso...

AUGUSTO.—Comprendo, Alba Luz... Por eso estoy ya contigo. (Pausa).

ALBA LUZ.—¡Vamos! Cuéntamelo todo, enseguida.

AUGUSTO.—Si, pequeña, pero vamos despacio. Dime, (tomándole el rostro) ¿qué significan esta carita triste y esta azul transparencia de lirio? Diría que en toda la noche has dormido muy poco. ¿Por qué ese tormento, querida Alba Luz?

ALBA LUZ.—Oh, Augusto; tú no comprendes; tengo tantas cosas muriéndose adentro sin que nadie las entienda. Además, tú y mi padre estaban afuera. (Caminan juntos hacia el pequeño balaustre frontal, y allí permanecen de pie, hasta el final).

AUGUSTO.—Tienes razón. Ahora estamos aquí. Ya ves, juntos como antes. Esteban saldrá pronto para reunirse a nosotros.

ALBA LUZ.—(Como dudando). Me alegro de veras, Augusto. Tú sabes lo que somos nosotras. Me parecía todo tan extraño, tan desolado, como si en mi frente aleteara, pesada y fría, la inmensidad de la muerte.

AUGUSTO.—Es pavoroso, querida. (La acaricia tiernamente). Pero hay que dejar todo eso y cantar. Nunca perdamos ese sano equilibrio que nos hace vivir, que nos infunde confianza, optimismo, alegría. Si tomamos, las cosas trágicamente, hemos contribuido nosotros a la derrota final.

ALBA LUZ.—Sí, son ideas que valen cuando tú las expones, lejos del círculo devorador que nos quema; lejos del torbellino de pasiones y vértigos que nos incendia la sangre: cuando no nos arrasa ninguna inquietud.

AUGUSTO.—No, querida; siempre estamos dentro de la vida, dándole todo lo que ella nos pide.

ALBA LUZ.—Y eso es vivir.

AUGUSTO.—Pero la vida no es sólo eso. Ayer he podido convencerme mejor. Hay que darse a los demás para sentir un poco de ese soplo infinito que nos llena las venas.

ALBA LUZ.—Es justamente lo que había pensado. (Sin poder contenerse, sintiendo de nuevo despertarse su angustia). Y ahora quiero saberlo todo. Creo que es tiempo, Augusto. Además, me lo ofreciste hace un rato, ¿verdad?

AUGUSTO.—Es exacto, Alba Luz, y antes de iniciar quisiera que me ofrezcas oír tranquila.

ALBA LUZ.—¿Es algo grave?

AUGUSTO.—Acaso; pronto lo sabrás tú misma de sobra. Es el caso común de un esquife perdido en la tempestad del océano. ¿Crees que puede regresar a puerto seguro?

ALBA LUZ.—No comprendo. Yo quisiera...

AUGUSTO.—Me dijiste hace un instante que temías por nosotros.

ALBA LUZ.—No hace falta repetirlo; es tan natural.

AUGUSTO.—Pues nosotros ya estamos aquí...; las revueltas políticas son siempre temibles y no todos los que salen regresan a casa.

ALBA LUZ.—(Intrigada). ¿Qué misterio es ese, querido Augusto? (Se aproxima hacia él, suplicante, y tomándolo de los brazos lo obliga a hablar. Augusto, en todo caso, evita mirarla y clava sus ojos en algún punto del suelo). ¡Habla!, ¡Por favor! ¡Quiero saberlo!

AUGUSTO.—Es terrible, Alba Luz; aún me dura el recuerdo... Espera.

ALBA LUZ.—(Con angustia y alzando la voz) ¡No! Dílo de una vez... ¡Pronto!

AUGUSTO.—(Agitándose visiblemente). Sí, desde luego. (Mirándola de frente como para conocer la impresión que le producen sus frases). ¡Hubo sangre...! ¿Oyes?

ALBA LUZ.—¡Sangre!

AUGUSTO.—Invadieron la sala de sesiones y los guardias civiles... (Lleva de nuevo la vista hacia el suelo).

ALBA LUZ.—(Casi sin respiración) Hicieron fuego...

AUGUSTO.—¡Eso! Hicieron fuego y algunos cayeron.

ALBA LUZ.—(Con creciente ansiedad). ¿Conocidos?

AUGUSTO.—No... creo que no.

ALBA LUZ.—¿Después?

AUGUSTO.—Después... (Horrorizándose ante el recuerdo, con las manos apretadas trata de caminar; pero ella lo detiene, desesperada).

ALBA LUZ.—No importa... Quiero saberlo. (Desde hace un momento, una fija garúa que va engrosándose cae fríamente a través del jardín. Un viento de levante, en forma intermitente, sacude con fuerza los follajes de los árboles).

AUGUSTO.—Fernando apareció en una tribuna. Estaba pálido y hermoso con los cabellos caídos. Tu padre lo divisó primero...; luego... se dirigió a la multitud que se arremolinaba furiosa tratando de ganar la entrada inmediata. ¡Habló cosas tan bellas! Era como la verdad elevándose sola desde su propia sangre.

ALBA LUZ.—(Sollozando). Termina de una vez.

AUGUSTO.—(Con voz estrangulada). Sonó un disparo... y lo vimos caer. Cayó como un valiente... apretando los puños, clamando....

ALBA LUZ.—(Intesamente pálida, destrozada, sin poder mantenerse de pie, habla para sí). Oh, Fernando...

(Cae sollozando en los brazos de Augusto; él la abraza con inmensa ternura, mientras siente que los ojos se le humedecen de lágrimas).

TELON



SEGUNDO ACTO

(Cuadro Primero)

La misma decoración que en el cuadro primero; no ha variado sino la disposición de algunos muebles. Han transcurrido pesadamente dos largos meses. En escena Esteban y Esperanza; la Madre, que aparece casi inmediatamente, luce un espléndido traje de gala; lleva la cara alegre y un poco empolvada.

LA MADRE.—(Entrando) ¿Qué les parece? (Abre la ancha falda de su vestido claro y se da la vuelta, sonriendo).

ESPERANZA.—(Jubilosa). Espléndido, mamá. Hay que ver cómo te sienta. ¡Estás encantadora!

ESTEBAN.—(Mirándola también). Esperanza tiene razón; te sienta muy bien.

LA MADRE.—Es una lástima que no pueda lucirlo.

ESPERANZA.—¿Por qué?

LA MADRE.—(Lamentándose, un poco triste). Los años nos van dejando su huella, querida hija. Y es lo único que no podemos evitar. Ya ves cuánto ha blanqueado mi cabello en tan poco tiempo. Un traje nuevo luce bien en un cuerpo joven.

ESPERANZA.—Te quejas en vano, mamá. ¡Tienes menos años de lo que tú imaginas! Y si no, mírate en un espejo... (Acariciándola). ¡Vamos, ámate, mamá!

ESTEBAN.—Yo tengo más edad que tú y, sin embargo, no me quejo, he vivido relativamente tranquilo, sano del cuerpo y el alma, y eso me basta. Hasta me aventuraría a decir que hemos sido algo felices.

LA MADRE.—Claro. Y no digo nada al respecto. Hemos sido muy felices. A veces, pequeñas diferencias... Nada importante, en total. Lo que yo digo es una broma. La verdad es que estoy contenta.

ESTEBAN.—De ser así me alegro, María. Créemelo.

ESPERANZA.—¡No hubiera faltado más! (Alegre). ¡Es tu cumpleaños, mamá!!

LA MADRE.—Cenaremos juntos, por fin... ¡Era mi sueño! Otras veces siempre había alguien que faltaba; un asiento vacío.

ESTEBAN.—Eso no tiene importancia cuando hay afecto. Es cuestión de pura circunstancia. A veces estamos juntos; otras, no es posible; pero tú te atormentas por nada.

LA MADRE.—Vosotros, los hombres, no siempre comprendéis el corazón de una mujer. Antes que para la sociedad se vive para la familia. Además, estar juntos cada onomástico es una costumbre tradicional entre nosotros. Abrazarnos... Brindar por la vida... Reir...

ESPERANZA.—Es algo bellamente sentimental.

ESTEBAN.—Y angustioso también; porque lo sentimental es siempre angustioso. Aunque quizá lo más puro de nuestra vida sea la angustia.

LA MADRE.—(Acercándose suavemente). ¿Por qué crees eso?

ESTEBAN.—Porque la vida es amor, esencialmente, y el amor es la dimensión de la angustia. Tanto más profundo es más terrible, ¿sabes? (Pausa).

ESPERANZA.—Y, ¿por qué, muchas veces, estamos tristes sin razón?

ESTEBAN.—Oh, querida hija; nunca nos falta razón. Nuestra conciencia lucha en silencio, sin tregua, y no siempre aclara lo peor que se agita en el fondo... Pero, ¡para qué hablar de estas cosas hoy día! Lo mejor es entregarnos a una loca alegría. Regocijarnos.

ESPERANZA.—Sí, sí. Y mamá acaba de decirnos que está muy contenta.

LA MADRE.—Como que es lo cierto, Esperanza. Ya verás. (Trata de marcharse, pero en la puerta se detiene un instante y se regresa de nuevo). ¿Y los demás? ¿Ana... Isaac... Alba Luz... Augusto?

ESTEBAN.—Pronto estarán con nosotros, mujer.

ESPERANZA.—(Con cierto estremecimiento). Isaac salió a la calle, pero dijo que regresaría al instante. Creo que no demorará. ¡Estoy segura que no demorará!

LA MADRE.—Ojalá sea así. Isaac es un hombre extraño y lleno de enigmas. Habla lo estrictamente necesario y parece bastante contrariado, triste. En fin... no sé lo que sucede.

ESTEBAN.—Nada importante, puedes estar segura. Cuando jóvenes nos gusta crearnos problemas. Vivir preocupados. Condenamos la vida sencilla por creerla del todo estúpida, sin razón. Amamos demasiado y nos tornamos niños; jamás perdonamos a nuestra mujer el que haya amado alguna vez. Pero eso pasa rápido y volvemos a cobrar el sentido. Volvemos a ser hombres. Ese es el problema de Isaac. Angustia y amor, como decía antes.

LA MADRE.—Quizá tengas razón, Esteban. Comprendo que somos demasiado egoístas en esta materia. Te refieres a lo de Fernando, ¿verdad?

ESTEBAN.—Sí. Pero ya os decía hace un momento: esa crisis sentimental pasa rápido. Después queremos con un amor fuerte, firme y quizá más intenso, aunque tranquilo y reposado en el fondo.

ESPERANZA.—En lo que concierne a Isaac, dicha sea la verdad, algo de esto he podido sospechar. Ayer, cuando entré a su cuarto inusitadamente, él recorría nervioso, fumando, a largos pasos el tablado, mientras Alba Luz, bastante excitada, hablaba en voz baja y estrangulada por el llanto. Fingí no comprender nada y salí.

LA MADRE.—Esto ha ocurrido recién. (Dirigiéndose a su marido). Ya ves; hace dos meses se casaron, y al principio eran felices, se querían. Es probable que suceda lo que piensas. De ser así, pronto estarán en armonía y harán su vida tranquilos. Eso es todo. (La madre, preocupada, desaparece enseguida por la puerta de la derecha. Reina un prolongado e inquietante silencio, que interrumpe Esteban).

ESTEBAN.—Yo iré donde Augusto, Esperanza; él está sintonizando las noticias de la tarde; tu podrías ayudar a tu madre. Pronto estaremos juntos de nuevo. Creo que Isaac no tardará en llegar.

ESPERANZA.—Así lo espero, papá. Yo me encargaré de anunciarles la cena.

ESTEBAN.—Está bien. (Mira su reloj y sale de prisa, casi seguido de Esperanza).

(Poco después entran por la misma puerta Alba Luz y Tía Ana. Alba Luz ríe nerviosamente y sus movimientos son harto vagos e imprecisos. Ha adelgazado bastante y lleva el rostro pálido y los ojos sin brillo. Pronunciadas ojeras se acentúan violáceas bajo los móviles párpados. Tía Ana recoge un pequeño magazine que encuentra sobre la mesa y se sienta cómodamente en un ancho sillón).

ALBA LUZ.—(Sorprendiéndose al entrar) ¡Hola! Yo creí que estarían aquí. (Llega hasta la puerta y, tras de dar un ligero vistazo, regresa de nuevo). ¿A dónde han ido? ¡Esto está demasiado triste!

TIA ANA.—Habrán salido, seguramente; ya vendrán... En un onomástico el ser que menos está visible es siempre el agazajado. No te extrañe esto, querida.

ALBA LUZ.—No; al contrario. Creo que estás en lo justo.

TIA ANA.—Hoy cumple María 45 años.

ALBA LUZ.—(Suspirando). Mi pobre madre comienza a envejecer.

TIA ANA.—¿Qué dirías de mí, que pronto cumpliré los 50? El tiempo es como el aire; lo sentimos sólo al cobrar noción de nuestra propia vida.

ALBA LUZ.—Yo, en cambio, siempre hubiera deseado vivir lejos del tiempo, del mundo y de cuanto me haga reflexionar en esta realidad absurda. (Dramática). ¡Detesto mi conciencia, porque es mi más implacable enemiga! ¡La conciencia!... ¿Sabes? Ese es el mayor pecado que traemos al mundo; es la vorágine que devora nuestras almas y nos pierde sin remedio.

TIA ANA.—(Sorprendida) ¡Pobre Alba Luz, cómo blasfemas! Te diré una cosa: yo creo en la salvación eterna. La conciencia es el sentido de lo justo, de lo humano que cada cual lleva dentro de sí. ¡No reniegues de tu propia verdad, querida!

ALBA LUZ.—No reniego, tía Ana. Pero mi verdad yo la he destruido hace mucho tiempo.

TIA ANA.—¿Cómo?

ALBA LUZ.—Sí... ¡La he asesinado!

TIA ANA.—¡No te entiendo!

ALBA LUZ.—Quizá sea mejor. ¡Acaso nunca lo entenderás del todo!

TIA ANA.—Eres tan extraña, a veces, que no se qué pensar de tí.

ALBA LUZ.—Yo creo contigo en la salvación de nuestras vidas. Eso es hermoso y está bañado de una luz submarina. Pero para salvarse es necesario haber caído, haberse enlodado hasta la raíz de los cabellos, tener las manos manchadas... Detrás de la caída están la gloria y el perdón. Para alcanzarlos se requiere vencer, elevarse desde el fondo de nuestra propia miseria, dignificarse. ¡Esa es la salvación en la que yo creo! Si no te has arrastrado nunca, si no has sufrido, no tienes derecho a hablar de salvación!

TIA ANA.—(Inquieta). ¿De quién lo aprendites? ¿De Fernando...?

ALBA LUZ.—(Asintiendo con alegría). Sí, de él... y de la vida.

TIA ANA.—(Decidida) ¡Había razón! ¡Por algo lo desprecié siempre!

ALBA LUZ.—(Dejando traslucir un gran enojo). ¡No... eso no! ¡Jamás! Fernando me enseñó a comprender y a amar el destino. Eso es todo.

TIA ANA.—Pero... ¿Esos principios?

ALBA LUZ.—¿Qué?

TIA ANA.—Que carecen de sentido moral. ¿Qué sería del mundo si siguiera esa doctrina? De seguro que todos acabarían matando.

ALBA LUZ.—No, tía Ana; no sería así. Matar es precisamente destruir, y quien comprende la vida termina por amarla, así, con todas sus imperfecciones y miserias. Fernando pagó con su sangre el precio de ese amor. No lo olvides.

TIA ANA.—Veo que aún no has podido restañar esa herida. Si amabas a Fernando, y estabas cierta de ella, ¿por qué aceptaste entonces a Isaac? ¿Puedo saberlo? ¿Ignorabas acaso lo que era el matrimonio?

ALBA LUZ.—No, ciertamente. ¡Hubo tantas razones para hacerlo! (Se sienta junto a ella). Isaac me amaba... sí. Yo contaba con ese cariño. Y estaba segura que terminaría por amarlo. Que juntos hubiéramos forjado un nuevo destino. Pero el velo que corrí sobre todo mi pasado, por desgracia, no cubrió lo que más anhelaba. Yo tenía un poco de esa sangre en mis venas, y ya no podía ocultarme ni huir... (Sollozando). ¡Estaba perdida! ¡era la cadena fatal que me ataba!

TIA ANA.—(Conteniendo la respiración). Es decir...

ALBA LUZ.—(Asiente con un leve movimiento). Sí.

TIA ANA.—(Negándose a creer). ¡Buen Dios...! No puede ser, Alba Luz... ¡Mírame! (Trata de levantarle la cabeza).

ALBA LUZ.—(Destrozada, pero tratando de serenarse). Fue terrible. Al principio pensé decírselo a Isaac. Quería descubrirme yo misma. Condenarme. Comprendí, sin embargo, que eso hubiera sido destruir íntegra su vida, su sueño de felicidad, su corazón. Y resolví callarme. (Pausa). Al fin, ya no pude más. ¡Me vi impura, indigna de permanecer a su lado! ¡El secreto me pesaba en el alma como una vieja culpa! ¡Lo sentía descomponerse! Y una noche... (Solloza de nuevo).

TIA ANA.—Es terrible. ¡Oh, querida! ¡Jamás hubiera creído! ¿Tú...? ¿Y tu marido? ¿Qué dijo?

ALBA LUZ.—Me quería demasiado como para perdonarme. Yo no pretendía alcanzar su perdón. ¡Imagínate! (Se levanta y pasea nerviosa).

TIA ANA.—Es claro.

ALBA LUZ.—Y lo siento, Tía Ana, porque ahora sí lo amo de veras.

TÍA ANA.—Es el castigo, hija mía. La justicia, que es en sí algo abstracto, se vale siempre de algún instrumento para vengarse a tiempo.

(Un ruido de pasos en la terraza inmediata suspende de pronto el diálogo. Se abre la puerta y da paso a Isaac, que viene de afuera. Trae el rostro sombrío y la mirada dura. Al verlo, ambas quedan calladas, como sorprendidas en falta. Tía Ana se pone de pies y trata de sonreír; Alba Luz, indecisa, no sabe qué hacer. Isaac, haciendo un breve saludo, se dirige a la puerta del frente, pasando de largo. Ya al franquear el umbral la voz de tía Ana lo detiene y le obliga a regresar).

TIA ANA.—Isaac, perdona... Hemos estado en espera de tí. La cena estará pronto y creo que podrás acompañarnos. (En tono de súplica). ¿Verdad que sí, querido Isaac? Siéntate un instante. (Le indica una butaca).

ISAAC.—(Rehusando con dignidad). Gracias; estoy bien así... ¿La cena? ¡Ah, sí; lo había olvidado!

ALBA LUZ.—(Que permanece de pie junto al piano, sin atreverse a mirarlo). Es cumpleaños de mamá, Isaac; recuerdo habértelo contado.

ISAAC.—Es posible, amor mío. Pero yo tengo muy mala cabeza. Celebro, de toda suerte, no haber llegado tarde.

TIA ANA.—Era lo que temíamos, aquí. Tú comprendes que es la ocasión de regocijarnos juntos. ¡María se siente tan feliz!

ISAAC.—Es claro. (Pausa). Las reuniones familiares tienen un murido más íntimo. Uno se siente rodeado de seres y cosas que le son tan queridos. (Transición violenta). ¡Pero yo aquí soy un extraño! ¿Comprendes? ¡Un extraño... y nada más!

TIA ANA.—(Sorprendida) ¿Un extraño? ¿Cómo puedes decir eso? ¿Algún día te ha faltado nuestro afecto?

ISAAC.—(Sonríe cruelmente). Os agradezco vuestro afecto, pero nunca me he sentido digno de él. ¡Bueno, olvidemos esto! ¿A qué hora es la cena?

TIA ANA.—(Inquieta). Creo que enseguida. (Dirigiéndose a Alba Luz, que finge revisar un libro de música). ¡Vamos a ver cómo va eso, querida!

ISAAC.—(Con brusquedad). ¡Alba Luz se quedará conmigo! Tengo algo que decirle. (Alba Luz viene lentamente hacia ellos).

TIA ANA.—Está bien, si tú lo deseas.

(Mutis de tía Ana por la puerta de la derecha. Desde hace un instante ha comenzado a oscurecer. En escena, solos Isaac y Alba Luz permanecen callados. Ella se siente resignada, presintiendo la tempestad que se avecina. Isaac, en cambio, prende con

nerviosidad un cigarrillo y pasea de nuevo, tratando fríamente de ordenar sus ideas).

ISAAC.—(Resueltamente). He querido que te quedes para decirte adiós.

ALBA LUZ.—¿Adiós? ¿Es decir...?

ISAAC.—Que me marchó. No hay razón para que sigamos juntos. Ayer fué un día y nosotros éramos distintos. Comenzábamos recién esa música inefable que brota del costado y nos hace soñar. Ahora somos los dos, tal como estamos aquí, ¿comprendes?

ALBA LUZ.—Sí; pero somos los mismos, Isaac. No hemos cambiado. Por lo menos yo.

ISAAC.—¿Tú? ¿Qué no has cambiado? (Sonríe con desdén). ¡Bah, querida! Tú has cambiado tanto que yo. Te has continuado a ti misma, pero destruyéndote. Ya ves. Ahora somos distintos y no sabemos lo que somos. Por eso, ¡siento como si te hablara a través de un abismo! ¡como si huyera de mi alma el cadáver de una sombra!

ALBA LUZ.—(Desconcertada). No sé, Isaac. ¡Quisiera comprender! Créeme.

ISAAC.—Seguro. ¡Pero ni yo mismo lo comprendo! Lo único cierto es que me voy mañana.

ALBA LUZ.—¿Por qué has resuelto irte, querido? (Se incorpora de su asiento) ¿Por qué?

ISAAC.—Voy a decirte, Alba Luz. ¡Escucha!

ALBA LUZ.—No hace falta; lo sé de sobra. Sólo quiero que oigas una cosa: Yo nunca te engañé. ¡Te lo juro! Estaba lejos de imaginarme todo esto. La visión que tuve del mañana fué distinta: un poco de grama... y yo sentada al borde de un arroyo mirándote correr detrás de nuestro hijo.

ISAAC.—Nada de paisajes románticos, querida. El ensueño me ha perdido tan fría como estúpidamente. Ahora quiero ser hombre y volver a vivir. No te desprecio, puedes estar segura. Tengo asco de mí mismo y he resuelto castigarme. Has triunfado en toda la línea y yo reconozco mi derrota. Ha triunfado en tí lo único cierto: la mujer. (Váse hasta la puerta de la derecha, pero recuerda algo y regresa de nuevo. Acercándose). Si te hubiera amado me llevaría un poco de tu preciosa sangre. Pero ya he sabido mancharme bastante.

ALBA LUZ.—Está bien, Isaac. Comprendo que tienes razón y ni siquiera pienso defenderme. Puedes hacer lo que te plazca. Sólo que no debieras olvidar que tú arrancaste a fuerza mi cariño. Te convertiste en una sombra pegada a mi carne, que me perseguía sin término, cercándome horrorosa como una pesadilla, como un res-

piro de escombros. Esta fue la realidad ante la cual hube de rendirme, ¿comprendes? ¡Por cansancio y lástima a la vez! (Se le quiebra la voz).

ISAAC.—(Sonríe amargamente). Eres muy diestra, para pretender intrigarme. (Serio). Pero ya no es hora. Te has demorado mucho y llegas precisamente cuando yo me marchó. Ya ves. Y antes de abandonar esta casa debo decirte dos cosas solamente: ¡Fernando, el hombre de tus sueños, vive!

ALBA LUZ.—(Sin poder reprimir un gesto de asombro). ¡No! ¡No! ¡Eso es mentira!

ISAAC.—(Imperturbable). Sí, Fernando vive; se cura en un hospital de la ciudad. (Con amargura y sarcasmo). ¡He sabido esta tarde! Y por lo que a ti respecta, ya puedes estar segura del porvenir que te espera.

ALBA LUZ.—¡Oh, Dios mío! No puede ser.

ISAAC.—Como lo oyes. Fué herido gravemente, pero pronto estará bien. Y me alegro de veras; puedes creerlo.

ALBA LUZ.—(Lo mira asombrada). Yo... el sueño que tuve... entonces.

ISAAC.—(Sin escucharla). Esto, por un lado; por otro, es posible que te interese saberlo: ¡Esperanza irá conmigo!

ALBA LUZ.—(Sintiendo ira y temor al propio tiempo, retrocede hasta topar la pared y allí se queda inmóvil, los ojos fijos, intensamente pálida. Resuelta). ¡No! ¡Eso... jamás! ¡Antes te mataré con mis manos! Oyelo bien: ¡te mataré!

ISAAC.—(Sonriendo cínicamente). No creo que te atrevas; y es inútil que trates de cruzarte, querida. Olvidas que he guardado largo tiempo tu secreto, en íntimo silencio, porque no he querido destruirte. Ya ves cómo he sabido ser bueno. ¡Increíblemente bueno! (Luego entra resuelto por la puerta de la derecha y tras un largo momento, sale de nuevo, con dirección a la calle. Lleva una maleta de viaje y un sobre-todo de lana. A su lado se desliza Esperanza, en traje de calle. Un denso velo le oculta la cara. Evita mirar a su hermana de frente y pronto gana la puerta de salida. Alba Luz, con los ojos desmesuradamente abiertos, inmóvil, arriada a la pared como una estatua, permanece silenciosa hasta el momento final).

TELON

CUADRO SEGUNDO

Hospital. Cuarto interior iluminado a medias. Muebles livianos colocados a cierta distancia. Al fondo y a los costados derecho e izquierdo, pequeñas puertas blancas de vidrio. Sentado en una silla del centro, próximo a una pantalla, el Practicante tiene un libro entre las manos. De pronto se asoma una enfermera por la puerta de la izquierda y se dirige hacia él).

ENFERMERA.—Perdone, señor; pero la señorita insiste en ver al paciente.

PRACTICANTE.—(Extrañado).—¿Cómo?

ENFERMERA.—No sé. Dice que es urgente y no quiere marcharse.

PRACTICANTE.—(Asentando el libro en la mesa). Hágala pasar.

(Mutis de la enfermera. Poco después entra casi impetuosamente Alba Luz, seguida de la enfermera. En su voz y en todos sus movimientos revela una gran ansiedad, que apenas logra dominarla. Tiene el rostro excesivamente pálido y el cabello revuelto. Grandes ojeras surcan sus ojos profundos, llenos de un fulgor inusitado y extraño. Lleva un abrigo de color oscuro, guantes y una cartera de mano).

ALBA LUZ.—Buenas noches, doctor; le pido... mire...

PRACTICANTE.—Señorita, usted sabe que...

ALBA LUZ.—Sí doctor, sé que a esta hora no se permiten visitas.

PRACTICANTE.—(Mira significativamente a la enfermera; ésta, comprendiendo, abandona la sala por la puerta de la izquierda. Luego, mirando a Alba Luz:) Lo prohíben los reglamentos, señorita.

ALBA LUZ.—Comprendo, doctor; pero es urgente que yo hable con él. ¡Por favor!

PRACTICANTE.—¿Puedo saber qué sucede?

ALBA LUZ.—(Sin encontrar rápido la explicación, dubita un poco). Usted conoce el caso de él, seguramente. Yo lo había considerado como muerto, y, de pronto... ¡Saber que Fernando vive! ¿Comprende usted?

PRACTICANTE.—(Curioso). ¿Es un pariente? ¿su novio quizá?

ALBA LUZ.—Sí, doctor; algo de eso. (En tono de súplica). ¡Permítame que lo vea! ¡¡Por favor!

PRACTICANTE.—(Con seriedad). Un momento, señorita. Antes necesito informarle que existe prohibición absoluta de ver a ese paciente. Es mejor que usted espere un poco... Un par de meses,

medio año a lo más. Para entonces él estará bien y usted podrá verlo sin inconvenientes. Le ruego que tenga paciencia...

ALBA LUZ.—(Desesperada). Sólo un instante, doctor, un pequeñísimo instante. Le aseguro que me retiraré enseguida. Puede fijarme tiempo, si gusta.

PRACTICANTE.—Acceder a lo que usted me pide sería quebrantar la disciplina, ¿comprende?

ALBA LUZ.—Le repito que será un instante, doctor. ¡Un minuto!

PRACTICANTE.—Y la disciplina no es lo principal; el señor Velasco está sometido a un tratamiento reservado, y yo no puedo exponer al paciente a una crisis nerviosa. Ya ve usted: sería peligroso. Por lo demás, él mejorará gradualmente y pronto estará sano. ¡Le aseguro!

ALBA LUZ.—Es cierto, doctor; pero seré discreta. ¡Confíe usted!

PRACTICANTE.—(Se levanta notoriamente indispuerto y se encamina hacia la puerta de la izquierda; luego, dirigiéndose a ella:)

Está bien, señorita. Odio toda súplica porque me da la impresión de ser un poderoso, y eso me desconcierta. ¿Sabe? (Mutis del practicante. Al franquear el umbral, regresa de nuevo). Diga usted su nombre, había olvidado preguntárselo.

ALBA LUZ.—Alba Luz Méndez, doctor. Si usted me permite le agradecería no advertirle mi presencia. ¡Le reservo una sorpresa!

PRACTICANTE.—(Luego de anotar el nombre en una pequeña libreta de bolsillo, la mira con seriedad). ¿Olvida usted que el señor Velasco está enfermo?

ALBA LUZ.—(Disculpándose). Es verdad. Perdone usted.

(Desaparece el practicante cerrando la puerta tras sí. Ya a solas, ella coloca la cartera y los guantes sobre una mesa pequeña y luego recorre de un extremo a otro la sala. Se sienta un instante; y vuelve a incorporarse con mayor ansiedad. Trenzadas las manos, temblando, mira a todas partes sin cesar. El más leve ruido le corta el resuello y la hace estremecer. Finalmente, entra Fernando por la puerta de la izquierda, y, casi inmediatamente, asoma el practicante, que observa cuidadosamente las reacciones del enfermo. Fernando es un hombre joven, de regular estatura, de mirada inteligente, algo nervioso. Su barba negra, crecida, y sus cabellos desgreñados, le dan un aspecto extraño y por demás impresionante. Algo distraído, a veces no logra concentrar sus ideas, aún cuando en otros momentos una pasión diabólica lo arrebatara por completo y logra romper el equilibrio de su cerebro enfermo. Al mirarla, un recuerdo lejano lo deja inmóvil, indeciso; pero este recuerdo no logra aclararse gradualmente ni encontrar después su plenitud. Es algo demasiado vago, que se pierde ya al fi-

nal en la profundidad de la inconsciencia. Ciertos actos extraños ejecutados por él durante este diálogo —mirarse las palmas de las manos, girar la cabeza de derecha a izquierda con insistencia— ponen a las claras su dolencia nerviosa todavía incurada).

ALBA LUZ.—(Mirándolo con infinita angustia. No sabe si correr a abrazarlo o esperar allí la actitud de Fernando. Se aproxima a él, temblando, sin dar crédito a sus ojos). ¡Fernando! ¡Soy Alba Luz! (Con voz fuerte, estrangulada por la emoción:) ¡Alba Luz!

FERNANDO.—(Con el rostro ceñudo y el cuerpo inmóvil, mira en forma penetrante la bujía encendida y repite maquinalmente el nombre de ella): Alba Luz.

ALBA LUZ.—(Echándole los brazos al cuello, con gran desesperación). Sí, soy Alba Luz. ¿Me recuerdas? Dime que sí, amor mío, dime que sí. (Lo sacude con violencia, presa de la más grande ansiedad). ¿Fernando! ¡Habla! ¡Te ruego por lo que más quieras!

FERNANDO.—(Sin apartar los ojos de la bujía, tratando de recordar) Alba Luz. (Mira a derecha e izquierda alternativamente, y luego posa sus ojos en el rostro de ella).

(El practicante se retira por la puerta del foro, mirándolo con gran interés).

ALBA LUZ.—(Siempre poseída de la misma zozobra). Estoy segura que ya me recuerdas. Me lo dicen tu manera de mirar, el tono suave de tu voz. Ahora sí ya me recuerdas, ¿verdad?

FERNANDO.—(Extraviado). Usted no debía venir. Aquí, en esta casa, todos me siguen los pasos, me acechan. ¡Temen que yo me marche! (Señalando). Las ventanas están llenas de ojos que me espían, igual que los tumbados, las paredes, los árboles. (Se pasea indignado). ¡Todo! Y aún mientras duermo me vigilan, murmuran en silencio. ¡Son como fantasmas, como sombras pegadas a mi vida! (Acercándose a ella). Pero yo los maldigo y escupo en sus rostros. ¡Los detesto!

ALBA LUZ.—(Impresionada, tratando de calmarlo). No, Fernando; ellos velan por tí; son tus amigos. ¡Te aseguro!

FERNANDO.—(Con la misma exaltación, en forma extraña) ¡No! Ellos son fantasmas, son formas que carecen de vida y sólo poseen movimiento. La vida dejaron atrás, antes de nacer. Y por eso la buscan en mí silenciosamente. ¡Esa es la razón!

ALBA LUZ.—Creo comprender algo. (Pausa).

FERNANDO.—(Girando la cabeza a izquierda y viceversa). ¿Oye?

ALBA LUZ.—(En suspenso, mirando en derredor) No; no oigo nada.

FERNANDO.—Sí, escuche... (Oyendo) ¡Es el amor que gime, destronado! Los bárbaros incendiaron el arca, arrasaron las ciudades... ¡Ya no quedan en pie ni las estatuas!

ALBA LUZ.—Sin embargo existe algo que es necesario defender, ¿lo sabes?

FERNANDO.—(Paseándose con extravío) En las entrañas de la tierra no existe fuego. ¡Mentira! El fuego está dentro de nosotros. (Aproximándose a ella). Sólo que en mí, ¿sabe?, ¡el fuego se ha derramado hacia afuera! (Dejándose arrebatar). ¡Ha quemado un montón de inmundicia! ¡Todo lo que la sociedad glorifica en pedestales ecuestres! (Pausa. Señalando el suelo). Aquí creen que estoy loco, y me tratan como a loco. ¡Imbéciles! ¡Sólo me inspiran lástima! (Pausa. Después de un momento, mirándola a ella con extrañeza). ¿Qué hace usted aquí? (Irascible). ¿A qué ha venido? ¿Quiere también examinarme? (Sin darle tiempo a hablar, interrumpiéndole). ¡Silencio! (Amenazador, señalando la puerta de salida). ¡Salga usted afuera! ¡Enseguida! (Se precipita sobre ella, demente. Alba Luz, temerosa, trata de retroceder; pero, finalmente, se enfrenta a él con resolución. Fernando, consiguiendo dominarse, se queda inmóvil: baja los brazos, que llevaba en alto, y, acobardado, se deja caer en un sillón, cubriendo el rostro con las manos, casi sollozando). Le ruego que me perdone. Otra vez he sentido... es algo así... ¡usted no me comprendería!

ALBA LUZ.—(Compasiva, se sienta a su lado, acariciándolo). ¡Pobre Fernando mío! No tienes nada de qué disculparte. Yo sufro tanto como tú, porque quizá no soy más que un fantasma también.

FERNANDO.—(Sobresaltándose) ¿Un fantasma?

ALBA LUZ.—Sí, un fantasma que viene a hurgar en el pasado, tratando de encontrar la vida que le estuvo reservada. ¡Pero es inútil! El destino conduce nuestras almas en silencio y jamás lo sospechamos. Ya ves. Hoy mismo soy una de aquellas formas que deambulan perdidas.

FERNANDO.—(Intrigado) ¿Quién es usted?

ALBA LUZ.—No lo sé. Muchas veces me lo he preguntado en vano. ¡Cuánto daría por saberlo!

FERNANDO.—(Parándose frente a ella, y tras una breve pausa). Yo sí lo sé. Recién comienzo a comprenderlo. Acabo de identificar su rostro. Es el mismo que avanzó una noche... (dudando; luego, con certeza) sí, el mismo que avanzó una noche desde el fondo del jardín y me ensegueció los ojos al rozarme. Sí, y luego lo sentí meterse en mi sangre... y quemarme... y revolverse adentro como una sierpe maldita...

ALBA LUZ.—(Ansiosa). Oh, Fernando; y yo que había creído...

FERNANDO.—(Interrumpiéndole, algo jadeante). Pero ese fuego lo



NIÑOS NEGROS

Oswaldo Guayasamín.

apagué con mis manos y estrangulé la sierpe sin piedad.

ALBA LUZ.—(Resignada) Es probable, amor mío; pero no sabes que al hacer todo eso has muerto algo de tu propio ser.

FERNANDO.—(Reaccionando). Terminemos de una vez. ¿A qué ha venido? ¡Dígamelo!

ALBA LUZ.—(Titubeando). No sé. Yo creí... Es una historia difícil, ¿sabes? Una historia fresca que corre sin lamento, pero con sangre. ¡Espera! (Tratando de recordar, con júbilo). Y allí estás tú también, de pie, creciendo desde el centro de un círculo mortal. (Pausa. Sonriendo). Tengo la impresión de que los dos, tú y yo, somos en este instante un par de fantasmas... un par de pobres fantasmas olvidados, a quienes niega la eternidad su lecho de sombra...

FERNANDO.—(Que ha escuchado con interés). Siga...

ALBA LUZ.—(Reclinando la cabeza en el espaldar de la silla. Habla como para sí misma). Es inútil todo esto. Lo sé de sobra. Yo ya no puedo encontrarme. Perdí mi huella hace tiempo. El timón de mi nave se ha roto y marchó a la deriva. (Pausa. Cerrando los ojos). ¿Oyes el ruido del mar? Las olas prenden al fondo una lucita verde... que ilumina todo... en silencio. El horizonte desaparece a la vista... y el mundo se va hundiendo con gran lentitud. (Queda inmóvil).

FERNANDO.—(Mirándola de cerca con ojos iluminados y el rostro transfigurado) ¡Maldito fantasma! Cómo te has arrastrado para llegar hasta mí. ¡Ya no prenderás más esa lucita verde al fondo de las olas. (Amenazador) Aquí se borrarán las huellas de tu paso, y esa pequeña sombra que enloquece mi espíritu. (Próximo a ella, con los brazos levantados); ¡Muerte! (Le aprisiona el cuello con fuerza. Alba Luz, saliendo del letargo, logra desasirse violentamente de las manos que la atenazan, y de un salto se pone en mitad de la pieza, cubriéndose el vientre).

ALBA LUZ.—(Dramática, en alta voz). ¡No! ¡Tú ya no tienes derecho a matarme! ¿Sabes? No es solo mi vida. Yo llevo un hijo que saltará de mis entrañas como un árbol de luz y romperá las tinieblas. ¡Lo plantaré en la mitad del mundo y él dirá el mensaje que tú no terminaste!

(Sale de prisa por la izquierda, recogiendo la cartera y los guantes. Fernando, que ha permanecido como petrificado en su sitio, recobra su conciencia y trata de seguirla; pero de pronto se detiene y clama alucinado).

FERNANDO.—¡No! (Retrocediendo). ¡Para mí está reservada la sombra! ¡La sombra!

TELON